

Sajonia y Brandeburgo, cosa que nadie mejor que el duque de Friedlandia debía saber.

En cambio, por lo que se refería a la actitud de Wallenstein respecto de España y sobre todo respecto de Maximiliano de Baviera, cada vez aparecía mas patente la diferencia entre la soberanía del emperador y la independencia de su general. Ya hemos visto que Wallenstein en este punto había consentido, ante las instancias del conde Schlick, en ordenar á Aldringer que se «acomodara» con Maximiliano, haciendo únicamente la salvedad de que no se le destinaria á ninguna operacion de sitio. Maximiliano, sin embargo, exigía mas, á saber, que el emperador mandara directamente á Aldringer, desde Viena, que se pusiera incondicionalmente á las órdenes del elector y que no obedeciera las de Wallenstein; y en efecto, el emperador, sin dar de ello conocimiento á este, envió á Aldringer la orden en los términos que el elector deseaba por conducto de Malmerode, enemigo declarado del general, con lo cual se violaba abiertamente el convenio concertado con Wallenstein.

Tal era el estado de las cosas por aquel entonces. En el momento de mayor peligro, el emperador había otorgado al único que podía salvarle poderes casi soberanos, que le sustraían á su propia autoridad, y había obrado así en la creencia de que el general se sometería siempre á sus opiniones y á sus propósitos; pero, desde el instante en que entre sus propias miras y las de Wallenstein surgía una profunda divergencia, hubieron de parecerle peligrosos y molestos aquellos poderes que había conferido á su vasallo.

Entretanto, los enemigos veían cada vez mas cercano el logro de sus propósitos. El cuerpo de ejército de Aldringer recibió de Maximiliano, con asentimiento del emperador, orden de incorporarse á las fuerzas del duque de Feria, y como si esto no fuera bastante, hasta del derecho de disponer de las tropas que le estaban directamente sometidas había de verse privado Wallenstein. En efecto Gallas, á quien el general había mandado expresamente que no desamparase á Bohemia, sobre la cual estaba fija en primer término la atención del enemigo, recibió orden directa de Viena de dirigirse con 1.000 caballos y con todos los dragones á Nuremberga. Los generales que servían á las órdenes del generalísimo se encontraban en una situación cada día mas difícil: ¿á quién habían de obedecer, á su general en jefe ó al jefe del Estado? Gallas, con gran pesar suyo, hizo esto último; pero sabiendo que el mandato imperial le había sido expedido desde Viena, es decir, desde donde no se conocía la verdadera situación del ejército, no tuvo reparo en manifestar su opinion al emperador escribiéndole que con su marcha á Nuremberga quedaban abiertos al enemigo los territorios imperiales.

Estos antagonismos en la manera de apreciar la situación estratégica del ejército parecieron desvanecerse por un momento despues de la victoria obtenida por Wallenstein en Steinau; pero no tardaron en avivarse las antiguas suspicacias ni en dirigirse graves censuras contra el generalísimo, especialmente por haber roto nuevamente sus relaciones con Thurn sin que la corte de Viena tuviera en cuenta para nada que el general tenía fundados motivos para obrar como había obrado y que merced á su conducta habían podido ser recobradas una porcion de plazas fuertes que todavía estaban en poder del enemigo.

«Apostaría mi cabeza á que el de Weimar irá á Eger,» decía aun en noviembre Wallenstein cuando á instigacion del elector de Baviera le expedía el emperador un correo tras otro para notificarle la petición de Maximiliano de que fuera en su auxilio; pero al pensar así incurria en un error funesto cuyas consecuencias habían de malograr el asunto.

Los suecos tenían aun en octubre, segun así lo manifestó en 27 de ese mes Oxenstierna á Juan Jorge, el firme propósito de ejecutar una diversion energética contra Bohemia á fin de salvar al elector de Sajonia del peligro que le amenazaba. Bernardo de Weimar señaló directamente este objetivo como la principal tarea de la campaña, pero en su sentir la mejor manera de lograr ese propósito consistía en atacar á Ratisbona á fin de que los imperiales acudieran á Baviera abandonando Bohemia, Sajonia y Silesia. Esto fué lo que se hizo con gran sorpresa de Wallenstein: el día 14 de noviembre, Ratisbona, el paso del Danubio que tan extraordinaria importancia tenía, cayó en poder de los enemigos del emperador.

Al oponerse Wallenstein á las continuas demandas de auxilio formuladas por Maximiliano de Baviera, había manifestado siempre su convencimiento de que Bernardo no pensaba atacar á Ratisbona, sino mas bien invadir á Bohemia, y para prevenir esto había adoptado las medidas necesarias dando las órdenes oportunas á Aldringer y á Gallas. El mismo día en que se rindió Ratisbona, el 14 de noviembre, todavía escribía al emperador diciéndole: «que nada indicaba que el duque de Weimar tuviera la menor intencion de atacar á Ratisbona.» Al propio tiempo que esta carta recibíose en Viena la noticia de la toma de aquella ciudad: Maximiliano de Baviera había tenido razon, y Wallenstein se había equivocado.

El generalísimo recibió la desconsoladora nueva el día 18 de noviembre, y al siguiente día, dejando en Silesia una parte de su ejército para defender aquel territorio, púsose en marcha con el intento de impedir que el duque de Weimar siguiera avanzando. En diez dias salvó la distancia que media entre Enzowar, en las cercanías de Leitmeritz, es decir en la frontera septentrional de Bohemia, y Neumark, poblacion situada en la frontera meridional; el día 30 de noviembre encontrábase en Furth, en la Baja Baviera.

Pero por el camino había llegado hasta él la noticia del cambio radical que en la opinion de la corte de Viena se había operado contra él á consecuencia de la pérdida de Ratisbona, y habiendo sabido que se trataba de deshacerse de él por medio de una nueva destitucion y no queriendo pasar por tal vergüenza, declaró al conde de Trautmannsdorf, con quien se había unido en los alrededores de Pilsen, que estaba resuelto á resignar el mando.

A todo esto los rigores del invierno habían comenzado á dejarse sentir en las montañas de la frontera bohemía, y la cuestion estribaba en ver si seria posible en tales circunstancias seguir adelante ó reconquistar á Ratisbona. Wallenstein opinaba que no, entendiendo que en aquellos momentos su ejército, que era el amparo de los territorios hereditarios imperiales, no debía exponerse á desastres incalculables; y conforme á su modo de apreciar aquella guerra manifestó al conde Trautmannsdorf que el emperador con diez victorias mas nada ganaria y en cambio una sola derrota bastaria para aniquilarle. Creía, además, que mientras él estuviera en Bohemia, Bernardo de Weimar no se atrevería á atacar al Austria. Por esto y á pesar de que sus coroneles eran de parecer de que por lo menos había de intentarse el sitio de Cham, en donde los suecos tenían una guarnicion, Wallenstein, que entendía no contar con artillería bastante para emprender aquella operacion, resolvió retirarse á Bohemia y establecer allí, como el año anterior, sus cuarteles de invierno no sin antes dar somera cuenta de su situacion al emperador. Este le contestó, en forma bastante dura y como nunca hasta entonces había empleado en su larga correspondencia con el general, que había sabido con disgusto su resolucion de retirarse á Bohemia cuando su mision principal debía consis-

tir en defender los territorios hereditarios imperiales. Que Wallenstein no era el único que consideraba imposible una campaña de invierno pruébalo mejor que nada la apreciacion hecha por su adversario, el duque Bernardo de Weimar, el cual opinaba asimismo que «por causa de las heladas no podría Wallenstein avanzar fácilmente por las montañas bohemias.»

En vista de que el emperador le ordenaba con insistencia

que comenzara aquel invierno la campaña contra Bernardo, Wallenstein, que consideraba imposible tal empresa, suplicó que le enviaran á su campamento á Questenberg, «pues necesariamente tenía que hablar con él de muchas cosas que afectan al servicio de Vuestra Majestad y al *bonum publicum*.» Questenberg, acompañado de Trautmannsdorf, presentóse en diciembre de 1633 en el campamento de Pilsen adonde desde Furth se había dirigido Wallenstein, quien

Der Jesuiten Monarchi.



Ich meyn/ es hetten nur vier Monarchien fünffte
Auff Erden sollen seyn? Wo kömt denn her die
fünffte?
Die fünffte/ die nun gleich so hoch gestiegen ist/
Das man der andern Macht vnd Grossteyn gar
veracht/
Indem sie färet er viel vnd höher noch ist worden.
Vnd zwar ihr Ursprung ist aus einem solchen Orden/
Der schlecht genug kunte seyn. Zerst/ weil das Glück lacht/
So haben sie so hoch/ als wol am Tag ist/bracht.
Ihr ist die Monarchi. Der Keyser ist nicht Keyser/
Im fall von ihnen Erde werthen Keyser Keyser
Erlehen vnd herrschen mus. Er hat die meiste Macht
In Reiches Sachen nicht. Erst vor miches geacht
Nur ihr Basill ist er. Hat er wol che doch müssen
Vou einem folgen Dabst sich treten lan mit Füßen/
Vnd mehr als hündlich seyn. Den Namen führt er zwar/
Was aber der ihn hilfft/ das ist ja offenbar.
Kein König ist so hoch/ Er mus sich ihnen beugen/
Vnd vor dem hohen Rom sein knechtliches Exceper neigen.
Dis Ganze wollen sie zu eigen haben gang/
Vnd lies so mancher Dem sein Hant vor ihret Scham/
Ihr Reich sol ewig seyn. Doch sht man wie es gungen/
Eyd diese Monarchi zu herrschen angefangen/
Wie mehr als Hündisch noch. So mancher frommer
Fürst/
Hat müssen halten her/ nach dem sie hat gedürft.
Venedig weis es wol/ wie es die Herren karten/
Drumb heissen sie sich noch von ihnen seyn/ vnd warten/
Dis gar nichts werde draus. Wie wenig Deter seyn/
Da sich das lose Volk nicht hat gedungen ein.
Wir solten auch nun dran. Die Spur war schon verredet/
Che sie sie kriegten noch. Es ward vns auch verodet/
So manches schönes Feld. Doch schickte Gott es so/
Dabst sie gehoben sind/ vnd wir noch frey vnd fro/
Ihr Exceper in Augen/ wir sind doch/ Gott Lob/ geblichen/
Wie man sich man vns hielt/ ihr wüthen ist vertrieben.
Sie stürzen Tag für Tag. Ihr Exceper neiget sich.
Die Monarchi geht ein/ gedendet nur an mich/
Vnd trawt auff vnsern Gott. Wie wird/ wie wol zu späte/
Der fromme Keyser doch besuffen ihre Räfte/
Wie sie so falsch gemeint. Wie wird er wüthchen doch/
Dabst er die me gesehn/ den er doch solget noch.

Gedruckt im Jahr M DC XXXII

Facsimile reducido de un impreso en que se ponía al emperador en guardia contra los jesuitas

quería que los emisarios imperiales se convencieran por sus propios ojos de la imposibilidad de comenzar en aquel invierno la campaña y de establecer los cuarteles de invierno en otra parte que en Bohemia, y al efecto pasó la instrucción de los mismos á informe de sus coroneles. Este paso se salía de la esfera de lo ordinario, pero Wallenstein creyó que tal como estaban las cosas no tenía mas remedio que darle. Los jefes de su ejército declararon unánimemente «que en aquel momento la ejecucion de las órdenes soberanas del emperador era simplemente imposible,» y manifestaron que en su sentir no debía darse conocimiento de ellas á los soldados, pues de lo contrario podía estallar una rebelion general. En este sentido dió cuenta del asunto Trautmannsdorf á la corte de Viena: Questenberg, de quien no puede formarse verdadero concepto el que quiera conocerlo por la

magistral descripcion que hace Schiller de ese episodio, y que había sido siempre uno de los mas ardientes defensores de la política de Wallenstein en la corte imperial, escribió desde Pilsen al emperador, á pesar de que no ignoraba cuál era la opinion entonces dominante en Viena, en los siguientes términos: «Vuestra Imperial Majestad puede de todos modos estar seguro de que, si algo hubiese ó pudiese haber de ello (se refería á los rumores de que el enemigo quería invadir los territorios hereditarios imperiales), el generalísimo por atender al servicio de Vuestra Majestad puede de todos modos fuera á pié, á evitarlo y tendría en cuenta la gravedad del caso.» Mas todas esas manifestaciones no produjeron una impresion duradera en Viena, y á pesar de ellas se agravó cada vez mas el conflicto entre el Consejo áulico de la Guerra y el generalísimo. Lo que antes se había hecho con Ga-

llas se hizo entonces con Suys, el cual recibió del emperador y de Wallenstein órdenes diametralmente opuestas; pero, al revés de Gallas, Suys no obedeció al soberano sino al general, lo cual fué causa de que aquel enviara á este una carta concebida en términos durísimos, en la que de una manera vaga le amenazaba con destituirle.

Este rigor de la corte de Viena no obedecía únicamente al disgusto en ella producido por la conducta de Wallenstein, sino á razones políticas de mayor alcance, sobre las cuales insistió muy especialmente la corte de España.

Entre los príncipes de la Liga, especialmente el elector de Baviera, y Wallenstein existía un marcado antagonismo político que databa del momento en que el general comenzó á ejercer una influencia decisiva en la corte del emperador. Ese antagonismo se había manifestado ya durante el primer generalato de Wallenstein, principalmente en el hecho de que este quisiera conseguir para el Imperio una situación universal que no estaban dispuestos á consentir los príncipes católicos ni los protestantes. En esta contienda había sido vencido Wallenstein, cuya destitución lograron los príncipes de la Liga. Durante el segundo generalato, el antagonismo se manifestó especialmente en la cuestión del edicto de restitución y en las demás cuestiones político-religiosas con esta enlazadas, en las cuales Wallenstein se inclinaba á hacer á los protestantes concesiones que los católicos no querían consentir de ninguna manera. De aquí que desde principios del año 1633 oigamos hablar de tentativas hechas por los círculos liguistas y los jesuíticos con ellos aliados para conseguir del emperador que no permitiera á Wallenstein continuar las negociaciones de paz que en tan alto grado excitaban su desconfianza y su descontento. Estos trabajos de los enemigos de Wallenstein eran eficazmente apoyados, según hemos visto, en primer término por el embajador español Castañeda, á quien se unió en octubre el conde de Oñate, que se presentó entonces en Alemania. En la dieta de electores reunida en Ratisbona en 1630, la política española se había declarado resueltamente en favor de Wallenstein y en contra de los esfuerzos que para lograr su destitución se hicieron entonces, y el reingreso de aquel en el generalato fué pedido por los españoles y acogido por estos con gran satisfacción; pero desde la muerte de Gustavo Adolfo había surgido entre ellos y el general imperial un antagonismo que cada día había ido en aumento y que era hijo no solo del temor, repetidas veces expresado por el embajador, que le inspiraban las arbitrariedades del general y la negativa de este á admitir á su lado al duque de Feria, sino también de consideraciones políticas de carácter general. Es indudable que Fernando II, ya desde un principio, es decir, desde las negociaciones entabladas con motivo de su sucesión en que había dejado entrever á los españoles la posibilidad de cederles la Alsacia, toleró que la política española ejerciera en los asuntos alemanes una influencia poco conforme con los intereses del Imperio. En la cuestión de la guerra de sucesión mantuvana, que para nada afectaba directamente á Alemania, había también entrado Fernando por causa principalmente de España, y por razón de esta veíase el Imperio envuelto, en general, en el conflicto entre España y Francia, en el que solo se trataba en el fondo de intereses españoles. En las luchas intestinas sostenidas por Richelieu con la reina madre y con el heredero del trono, así como con el duque de Lorena, España había apoyado más ó menos abiertamente al partido enemigo del cardenal y el duque de Lorena se había aliado con el emperador; pero habiendo tomado la lucha con el poder constituido en Francia un sesgo para él desfavorable, el ejército francés consiguió apoderarse de

una porción de plazas fuertes en Lorena y desde entonces se sintieron continuamente en la guerra alemana los efectos de ese antagonismo hispano-francés. Francia formulaba cada vez más francamente y con mayor éxito sus pretensiones sobre la orilla izquierda del Rin y en sus brazos se había arrojado el elector de Tréveris, el cual, puesto en grave aprieto por Gustavo Adolfo, había abandonado á los franceses sus plazas fuertes de Philippsburgo y Ehrenbreitstein. De suerte que las tendencias españolas de la corte de Viena motivaban entonces la intervención de Francia en las luchas intestinas de Alemania, del mismo modo que los protestantes habían provocado la de Suecia.

Los españoles, en la época en que no se habían turbado todavía sus buenas relaciones con Wallenstein, habían intentado conseguir de este que les ayudara en su lucha con Francia y Holanda, y sobre todo que prestara directamente su auxilio militar á la facción enemiga de Richelieu; pero, además, habían pretendido de él, según hemos visto, no solo que aprobara la expedición de Feria á la Alta Alemania y Alsacia, sino que pusiera á las órdenes del mismo una parte de sus tropas. En lo primero, Wallenstein se había mostrado durante algún tiempo dispuesto á acceder á los deseos de los españoles, es decir, á apoyar al duque de Lorena y á la reina madre en su lucha contra Richelieu; pero, á medida que avanzaban sus negociaciones de paz con Sajonia y con Brandeburgo, parecía tanto más indispensable evitar que Francia se mezclara directamente en la guerra alemana, y este modo de pensar se armonizaba perfectamente con la resistencia que opuso primero á que Feria penetrara en Alemania y después á poner á Aldringer á las órdenes de este.

La tirantez que á consecuencia de esto se produjo entre Wallenstein y España y los representantes de esta en la corte de Viena subió extraordinariamente de punto con motivo de otra cuestión que afectaba á los intereses personales del general. Ya hemos visto que en Znaim y en Gollersdorf el emperador había ofrecido á Wallenstein, cuando volvió á entrar en el generalato, una indemnización equivalente por la pérdida de Mecklenburgo, y los emigrados bohemios habían procurado inducirle á que se tomara por sí mismo esa indemnización dejándose proclamar rey de Bohemia. Era evidente que esto no podía suceder sino con la enérgica oposición del emperador, pero en honor de la verdad debe decirse que de la época de las negociaciones de la primavera y del verano de 1633 no existe ninguna prueba segura de que Wallenstein aceptara seriamente esa idea que le fué sugerida por los franceses. Ciertamente que sabemos por boca de Arnim que el general, en sus negociaciones con Sajonia, designó el Bajo Palatinado como indemnización que deseaba obtener en vez de los ducados de Mecklenburgo, y que deseaba adquirir aquel territorio aumentado con algunas comarcas de Baden y Wurtemberg y conseguir, además, después de la muerte de Maximiliano la dignidad electoral, merced á todo lo cual esperaba poder entrar en el círculo de los más elevados príncipes del Imperio; pero al desear esto se ponía en pugna con los intereses específicamente españoles, pues Felipe IV había formulado desde un principio pretensiones sobre el Bajo Palatinado conquistado por sus tropas, cuya posesión era altamente importante para la comunicación desde hacia tanto tiempo deseada por España entre sus posesiones de Italia y las de los Países Bajos. No podía entonces asegurarse si algún día tales pretensiones prosperarían, mas aun cuando no prosperaran España no estaba dispuesta á ceder el Bajo Palatinado á Wallenstein y antes bien pensaba, por si ese caso llegaba, hacerse amiga de Inglaterra entregando aquel territorio al heredero de Federico V.

De suerte que en las cuestiones y pretensiones así de carácter general europeo como en las territoriales existía un evidente y profundo antagonismo entre Wallenstein y los españoles, antagonismo que impulsó á estos á aliarse con el elector de Baviera y el partido enemigo de Wallenstein en la corte de Viena, tanto más cuanto que el joven príncipe heredero, Fernando III, estaba por completo sometido á la influencia española y en absoluto identificado con la política de España. Además, por lo que se refería á la enemistad

contra Wallenstein, Fernando III coincidía con España con mayor motivo, puesto que había sido personalmente agraviado por el general. En efecto, habiendo manifestado vivos deseos de tomar parte en la guerra, en el ejército de Wallenstein, y solicitado en su consecuencia ejercer al lado de este el mando supremo, Wallenstein se había negado resueltamente á acceder á tal pretensión, fundándose en sus convenios que se oponían á ella, y declarado que siendo el rey de Hungría (Fernando III lo era desde 1625) su soberano



Plano de Philippsburgo. Facsímil reducido de un grabado publicado en el *Theatrum Europaeum*, 1670

1. Plaza fuerte de Philippsburgo. - 2. El castillo. - 3. La puerta encarnada. - 4. La puerta blanca. - 5. Empalizadas. - 6. Aduana fortificada. - 7. Casas de pescadores. - 8. Media luna de reciente construcción. - 9. Campamento del coronel Schmidberges. - 10. Tienda del mismo. - 11. Tienda del capitán Wimpffling. - 12. Tienda del teniente coronel Sangers. - 13. Cantinas. - 14. Cuartel de caballería. - 15. Baterías en la plaza del Molino. - 16. Fuerte del horno de cal. - 17. Agua alumbrada. - 18. Camino próximo á los fosos. - 19. Fuerte demolido en terreno pantanoso. - 20. Camino nuevo de Oberhausen. - 21. Campamento delante de Oberhausen. - 22. Aldea de Oberhausen. - 23. Aldea de Knapthenheim. - 24. Cementerio para la retirada. - 25. Línea de defensa. - 26. Puente sobre el dique. - 27. Media luna en el paso del mismo. - 28. Palacio de Medersheim. - 29. Tercer campamento en el arroyo de Medersheim. - 30. Tienda del teniente coronel Bilau. - 31. Árboles derribados utilizados como parapetos. - 32. Trincheras junto al Rin. - 33. Media luna para flanquear.

nato, con mucho gusto le cedería el mando, pero que no quería servir á su lado ni á sus órdenes. Es indudable que Wallenstein tenía razón al obrar así, pero no lo es menos que á consecuencia de ello el heredero del trono se unió más estrechamente al partido hostil al general.

Wallenstein, por su parte, con su conducta equívoca durante todo el año 1633, dió armas de sobra á ese partido, que pudo servirse de ellas para excitar contra él al emperador. Los trabajos hechos en tal sentido dieron, después de la pérdida de Ratisbona, excelentes resultados, con tanta más razón cuanto que Wallenstein, invocando el dictamen de sus coroneles, se había negado á cumplir las órdenes que le había enviado la corte de Viena. Cuando á fines de 1633 Questenberg y Trautmannsdorf regresaron del campamento de Wallenstein con la negativa de este, la excitación llegó á un grado tal que era inminente una solución violenta en uno ú otro sentido. El general estaba minuciosa y exactamente

enterado, por los partidarios que continuaba teniendo en Viena, de todos esos manejos y opiniones de la corte y decidido á no tolerar una segunda edición de la afrenta de Ratisbona, resolvió entablar nuevas negociaciones con los enemigos del emperador é intentar por medio de una paz rápida conjurar el peligro que le amenazaba.

Las gestiones decisivas con que Wallenstein reanudó las negociaciones rotas en el mes de setiembre comenzaron en los últimos días del año 1633. Aquella vez Trzka, por encargo directo é indubitable de Wallenstein, dirigióse á Kinsky por conducto de su propia hermana, suplicándole que fuera á Bohemia. Kinsky accedió sin vacilar á esa petición y por el camino recibió otra carta de Trzka fechada en 26 de diciembre, rogándole que se trajera consigo al duque Francisco Alberto de Sajonia, en caso de que Arnim no pudiera acompañarle. Trzka escribía entonces francamente y sin am-

bajes que Wallenstein estaba resuelto á unirse no solo con los electores de Sajonia y Brandeburgo, sino con las mismas Suecia y Francia, y que queria concentrar su ejército en catorce días y arrojar luego la máscara, para lo cual no necesitaba los soldados, pero sí el dinero de Francia.

Por esta carta de Trzka supuso Kinsky, y era natural que lo supusiera, que Wallenstein pensaba formalmente en la alianza no solo con los electores protestantes, sino tambien con Francia y Suecia, es decir, que se acogia nuevamente al plan de la gran coalicion antihabsburguesa que durante el otoño de 1633 habia repentinamente rechazado; y partiendo de esa suposicion escribió repetidas cartas al conde Thurn asegurándole que ya no tenia la menor duda de que Wallenstein llevaria á cabo lo que se habia deseado en el otoño. En igual sentido escribió tambien al embajador francés Feuquieres, con quien habia estado anteriormente en tratos para la elevacion de Wallenstein al trono de Bohemia. Las cartas de Trzka reavivaron las antiguas esperanzas de los emigrados bohemios.

Cuando Trzka, acompañado de su esposa y del coronel sajón Schlieff, á quien enviaba como delegado suyo el elector Juan Jorge en vez de Arnim y del duque Francisco Alberto de Lauenburgo, llegó el día 8 de enero á Pilsen y fué inmediatamente recibido por Wallenstein, no tardó en comprender por las manifestaciones de este que Trzka habia recargado sobradamente los colores en sus cartas y que el generalísimo del emperador únicamente pensaba, como en setiembre, en una union con los príncipes protestantes alemanes, firmando con ellos una paz segura y obligando á que aceptaran esta á todo trance así los suecos como el emperador.

Efectivamente, las intenciones de Wallenstein eran estas. Su nueva aproximacion á Sajonia, iniciada por Trzka y por él mismo por una carta escrita de su puño y letra, habia sido consecuencia del conflicto surgido entre él y la corte imperial, y la primera carta de Trzka habia sido expedida inmediatamente despues de haber llegado al campamento de Wallenstein Questenberg y Trautmannsdorf. De suerte que entonces Wallenstein estaba firmemente resuelto á dejar que estallara el conflicto armado con el emperador; pero tampoco consideraba imposible evitarlo en caso de conseguir que Sajonia y Brandeburgo aceptaran la paz separada por la cual habia trabajado siempre y en todas circunstancias. Lograda esta, uniríase con las tropas sajonas y brandeburguesas, y una vez dueño de tan formidables elementos militares exigiria del emperador, lo mismo que de Suecia, el reconocimiento de aquella paz. Si conseguia ese reconocimiento, quedaba logrado su principal objetivo, pues parte integrante de la paz habria de ser la satisfaccion de sus personales intereses, pudiendo entonces abandonar el mando sin menoscabo de su dignidad. En el caso de que el emperador negara su consentimiento, Wallenstein estaba resuelto á arrancárselo por la fuerza de las armas. De acuerdo con este modo de pensar, Wallenstein, apenas llegaron á su campamento Kinsky y Schlieff, dió conocimiento á la corte de Viena de su llegada y de la reanudacion de las negociaciones de paz, y pidió que para seguir estas negociaciones le enviaran un comisario imperial, indicando para este cargo al Dr. Justo Gebhardt que ya habia intervenido en las negociaciones de Leitmeritz. A este modo de pensar correspondieron tambien las manifestaciones que hizo primero á Kinsky y en 9 de enero al coronel Schlieff. Wallenstein, que sufría por aquellos dias un grave ataque de gota, hubo de recibir á Schlieff en la cama y le dictó, para que las escribiera, sus proposiciones que se referian así á la situacion general europea como á los asuntos puramente alemanes de cuya resolucion se trataba. Partia

Wallenstein del principio de que mientras viviera no toleraria la dominacion que los españoles querian establecer dentro del Imperio, con lo cual aludia á la razon mas poderosa de su conflicto con la corte de Viena, y añadia que era preciso impedir que Francia pasara el Rhin. En cuanto á Suecia no se mostraba dispuesto á entrar en convenios con ella. En general, su punto de partida era el convencimiento de que la determinacion de las condiciones de la paz era en lo principal un asunto que únicamente á Alemania afectaba, y que respecto de los Estados extranjeros debia otorgárseles una indemnizacion prudente, pero manteniéndolos en lo posible alejados del territorio imperial alemán. Hablaba de arrojar á los españoles de Italia, de Artois y de Hennegau, y decia que á Suecia podría contentársela con algunos puertos de Pommerania, y á Brandeburgo, que aducia pretensiones sobre este territorio, indemnizarle de otro modo. A Bernardo de Weimar pensaba darle algunos territorios bávaros ó la Alsacia, y á Sajonia las Lusacias, Magdeburgo y Halberstadt. Respecto de lo que para sí pretendia no parece que lo indicara concretamente y solo resulta un tanto claro que expresó el deseo, anteriormente manifestado á Arnim, de ser indemnizado por la pérdida de Mecklenburgo con la cesion del Bajo Palatinado, pues de conformidad con lo que, como él muy bien sabia, trataban de conseguir los dos electores, especialmente el brandeburgués, mostrábase entonces favorable á la restauracion íntegra de todo el Palatinado, sin tener para nada en cuenta lo que á ello pudiera oponer Maximiliano de Baviera.

Wallenstein se presentaba, pues, con un programa de paz vasto y justo en sus ideas fundamentales, que de haberse podido realizar habria ahorrado á Alemania las inmensas calamidades de otros catorce años de guerra. Si hubiera sido un príncipe del Imperio, protestante é independiente del emperador, quien hubiese aparecido con ese programa y hubiera contado con fuerza militar suficiente para llevarlo á cabo, los resultados habrian podido ser en extremo beneficiosos. La asamblea de Leipzig de 1631 quizás habria podido cumplir esa tarea si se lo hubiese propuesto con la energía necesaria. El programa de paz contenia ideas fundamentales inmejorables; pero adolecia de un defecto que podia hacerlo ilusorio, como en realidad lo hizo, cual era el de ser el generalísimo quien lo formulara no de acuerdo, sino en oposicion con el emperador. Que este no aceptaria aquellas condiciones, contrarias á España unas y á él mismo otras, era evidente; de modo que el complemento necesario del programa era la seguridad dada á los intermediarios sajones de que Wallenstein lo realizaria aun cuando el emperador se opusiera á él. En cuanto á esto, el general dispó todas las dudas que pudieran abrigar los que con él trataban, y así Kinsky como Schlieff quedaron perfectamente convencidos. Este último marchó en 12 de enero á Dresde para dar allí cuenta de las proposiciones de Wallenstein, y para darla tambien de la súplica que este dirigia al elector se debia enviar á Pilsen bien á Arnim, bien al duque Francisco Alberto de Sajonia-Lauenburgo, á fin de continuar las negociaciones.

Lo que mas interesaba entonces á Wallenstein era saber de una manera clara y definitiva qué actitud adoptaria su ejército, con cuya adhesion creía en general poder contar con seguridad, si realmente surgia el conflicto con el emperador, y esto debia saberlo fijamente antes de seguir adelante las negociaciones con Sajonia. Otra razon, además, le impulsaba á querer asegurarse de ello, y era que en los mismos dias en que llegaron á su campamento Kinsky y Schlieff se encontraba en él un delegado imperial, el padre Quiroga, que debia notificarle una nueva exigencia del emperador.

En noviembre de 1633 habia fallecido la infanta Isabel,

regente española de los Países Bajos, y su sucesor, el infante cardenal, que se hallaba en el campamento del duque de Feria, queria en su consecuencia marchar inmediatamente con el ejército español desde la Alta Alemania á los Países Bajos y solicitaba á este fin que el emperador le diera un cuerpo auxiliar de 6.000 jinetes que habia de facilitar Wallenstein. Este, á quien Quiroga enteró de aquella pretension, se negó resueltamente á acceder á ella porque comprendia que el objeto de tal demanda no era otro que despojarle nuevamente del mando de una parte de sus tropas. Y como no podía ocultársele que con esa negativa se habia de agravar el conflicto con el emperador, necesitaba saber qué conducta seguiria el ejército el día en que este conflicto estallase.

A este objeto invitó á todos los coroneles de su ejército á que fuesen á Pilsen, y en efecto entre el 9 y el 11 de enero los invitados se presentaron en el cuartel general. Todos estaban persuadidos de que la separacion del generalísimo del puesto que ocupaba, separacion que la corte de Viena proyectaba como ellos sabian, habia de serles en extremo perjudicial no solamente porque Wallenstein habia respondido del pago de las soldadas que desde hacia tanto tiempo se les debia, sino tambien porque cualquier cambio en la jefatura habia de poner en situacion comprometida á los elementos protestantes del ejército.

Wallenstein declaró que estaba dispuesto á dimitir, á lo cual opusieron enérgicamente los coroneles, los cuales casi parecia que le negaban el derecho de hacerlo. Una comision de los mismos presentóse al general para disuadirle de su intento, y despues de rogárselo mas de una vez, Wallenstein cedió manifestando que continuaria en su puesto á condicion, sin embargo, de que ellos, á su vez, le prometieran ayudarle en el caso de que la corte de Viena intentara inferirle una nueva afrenta. Los coroneles lo prometieron así, llevados por su entusiasmo de momento, y firmaron un compromiso en el cual juraban «permanecer honrada y lealmente al lado del generalísimo, no separarse ni dejarse separar de él por ningun concepto,» y derramar con él y por él hasta la última gota de su sangre (12 de enero de 1634). Ese documento se firmó en un banquete que dió Illow y que la magistral descripcion del poeta ha perpetuado. Las recientes investigaciones han demostrado la falsedad de una tradicion que supone que antes del banquete se leyó un documento en el cual habia una cláusula haciendo la salvedad del servicio del emperador, y que durante la comida aquel documento fué sustituido por otro en el que dicha cláusula habia sido suprimida. Lo que hubo fué que en el borrador del documento existia aquella cláusula, pero Wallenstein la borró antes de que se leyera el compromiso á los coroneles. Como varios de estos se mostraran luego vacilantes, Wallenstein les declaró terminantemente en otra conferencia que no se proponia hacer nada en contra del servicio del emperador ni de la religion católica y que únicamente queria, á pesar de la oposicion de que era objeto, realizar la paz con los dos electores. Pero ya se comprenderá que ese proceder arbitrario del general en jefe constituía un peligro para el emperador y para su política.

Mientras esto ocurría en el campamento, las negociaciones con Sajonia proseguian su curso. Arnim, cuya llegada esperaba Wallenstein con tanta impaciencia, se mostró al principio muy prudente y reservado, pues si bien hablando con el elector se declaró partidario de la continuacion de las negociaciones y dijo que oyendo la proposicion de Wallenstein no cabia dudar de su buena fe, añadió á continuacion que, por lo que á él hacia, no podia creer en ella si no la veía demostrada.

Menos suspicaz manifestóse el duque Francisco Alberto de Lauenburgo, el cual estaba persuadido de que Wallenstein queria vengarse del emperador, persuasion que vinieron á robustecer las noticias que de Pilsen trajo Schlieff el día 14 de enero. El duque manifestó que los sajones se mantenian tan *fijsos* como pudiera desearse y que de lo que se trataba era de dar á entender á Wallenstein la manera de llevar adelante el negocio, y fundándose en las afirmaciones de Schlieff expresó su convencimiento de que Wallenstein «solo queria ponerse de acuerdo con los electores» sin entrar en negociaciones con Francia y Suecia. Parece, en efecto, que las negociaciones que Thurn, fundándose en la carta de Kinsky, entabló con Oxenstierna, no obedecian á una excitacion directa de Wallenstein, sino á las exageradas manifestaciones contenidas en la carta de Trzka á Kinsky. De suerte que la desconfianza con que Oxenstierna y Bubna acogieron las declaraciones de Thurn y de Raschin estaba, sin duda alguna, perfectamente justificada.

Las negociaciones con Sajonia, cuya continuacion fué confiada primeramente á Francisco Alberto de Lauenburgo, siguieron su curso. El mismo día en que Schlieff regresaba de Pilsen se dirigió á aquella ciudad Francisco Alberto, el cual recibió en 17 de enero en Schlackenverth una copia del compromiso firmado por los coroneles, que se apresuró á enviar á Dresde. El día 21 llegó á Pilsen y fué inmediatamente recibido por Wallenstein, quien le repitió sustancialmente lo mismo que habia dicho á Schlieff, á saber: «que queria conseguir la paz, quisiera ó no la quisiera el emperador,» y le preguntó cómo habia acogido Brandeburgo sus ofrecimientos, á lo cual creyó el duque poder contestar con seguridad que el elector Jorge Guillermo estaba dispuesto á aceptarlos. Wallenstein deseaba, sin embargo, ardentemente la llegada de Arnim para terminar el asunto que tanta prisa le corria entonces.

Pero la fatalidad habia hecho que, á consecuencia de las anteriores rupturas de negociaciones siempre por él promovidas de la manera más inesperada, aquellos con quienes habia tratado se sintieran dominados por una desconfianza hacia él casi invencible. De aquí que Arnim no demostrara aquella energía y aquella rapidez que eran entonces indispensables para lograr el fin á que se tendia, y mientras Wallenstein, de quien se habia apoderado mortal angustia, pedía cada vez con mas insistencia su llegada, él creía que ante todo debia ponerse definitivamente de acuerdo con el elector de Brandeburgo respecto de la conducta que convenia seguir en lo sucesivo.

En vez del feldmariscal Arnim, á quien con tanta impaciencia esperaba Wallenstein y que, en opinion de este, era la única persona con quien podia llevar á término definitivo las negociaciones, volvieron á presentarse en el campamento de Pilsen á fines de enero el coronel Schlieff y el día 1.º de febrero el duque Francisco Alberto, con cuya llegada no adquirieron las negociaciones gran impulso. Wallenstein les aseguró únicamente que persistia en su propósito de conseguir una paz beneficiosa y duradera y les rogó con gran encarecimiento que aconsejaran á Arnim que emprendiera lo mas rápidamente posible el viaje á Pilsen; pero el feldmariscal estaba entonces ocupado en tan apremiantes negociaciones con su propio elector y con el de Brandeburgo, que no pudo acudir á aquel llamamiento.

El día 27 de enero, es decir, despues de haber regresado Francisco Alberto de su primer viaje á Pilsen, el elector de Sajonia celebró en Dresde una conferencia con sus consejeros privados y con Arnim, que acababa de llegar. Se trató en ella de la forma de las negociaciones, ó sea de si se acep-